



La Escalera

Lugar de lecturas



Visitas al territorio de De Luca

ERRI DE LUCA

Los peces
no cierran
los ojos



Sinopsis

Un hombre recuerda el verano de sus diez años en un pueblo costero cerca de Nápoles, los años en que se anhela un futuro desde el que sólo se puede mirar atrás. Entre la pesca y los libros, los paseos en solitario y los encuentros con los muchachos del barrio, transcurren sus días, hasta que conoce a una niña sin nombre que le descubre el peso de palabras como amor o justicia.

A los diez años, la edad se escribe por primera vez con dos cifras. La inquietud y el deseo de crecer son más fuertes que la apariencia física; torpe cascarón el cuerpo infantil. Y permanece intacta la necesidad de protección que cura el calor de las historias familiares, la presencia de una madre y el contacto de la mano amiga.

Título Original: *I pesci non chiudono gli occhi*

Traductor: Gumpert, Carlos

©2011, Luca, Erri de

©2012, Seix Barral

ISBN: 9788467251197

Generado con: QualityEbook v0.62

Erri De Luca

Los peces no cierran los ojos

¿De qué sirve besar tu polvo?

Yo soy tu polvo.

Itzik Manger

Los peces no cierran los ojos

—Te lo voy a decir una vez y ya es demasiado: enjuágate las manos en mar antes de poner el cebo en el anzuelo. El pez nota el olor, rehúye el bocado que viene de tierra. Haz exactamente lo que veas hacer, sin esperar a que nadie te lo diga. En el mar no es como en el colegio, no hay profesores que valgan. Está el mar y estás tú. Y el mar no enseña nada, el mar hace, y a su manera.

Escribo en italiano sus frases y todas juntas. Cuando las decía eran escollos separados con muchas olas entre medias. Las escribo en italiano; sin su voz pronunciándolas en dialecto suenan apagadas.

Empezaba a menudo con una «y». En el colegio nos enseñan que no se empieza un período con una conjunción. Para él, la frase era la continuación de otra que había dicho una hora, un día antes. Hablaba poco, con anchos espacios de silencio, mientras despachaba las tareas de una barca de pesca. Para él se trataba de un único razonamiento, que de vez en cuando se desprendía de su boca con la «y», letra que al escribirla dibuja un nudo. Aprendí de su voz a empezar muchas frases con una conjunción.

Veía algo bueno en mí, niño de ciudad que en verano acababa en la isla. Bajaba a la playa de los pescadores, me pasaba las tardes mirando el ajetreo de las barcas. Con permiso de mamá, podía montar en una de las más largas, con remos gruesos como árboles jóvenes. A bordo no hacía casi nada, el pescador se dejaba ayudar en algunas maniobras y me había enseñado a mover los remos, el doble de grandes que yo, permaneciendo de pie y empujándolos con mi peso con los brazos extendidos y en cruz. Muy despacio, la barca se desplazaba e iba moviéndose. Aquel resultado me hacía mayor. El pescador necesitaba en ciertos momentos mis pequeñas fuerzas en los remos. No dejaba que me acercara a los anzuelos, a los sedales largos con el plomo de profundidad. Eran instrumentos de trabajo y no estaban bien en manos de un niño. En tierra firme, en Nápoles, en cambio, sí que estaban, y de qué manera, los instrumentos y las horas de trabajo en los niños.

Me dejaba echar el ancla. Yo había llegado a los diez años, una maraña de infancia enmudecida. Diez años era una meta solemne, por primera vez se escribía la edad con doble cifra. La infancia acaba oficialmente cuando se añade el primer cero a los años. Acaba, pero no ocurre nada, uno se queda dentro del mismo cuerpo de crío atascado de los demás veranos, revuelto por dentro e inmóvil por fuera. Tenía diez años. Para decir la edad, el verbo tener es el más preciso. Estaba en un cuerpo encapullado y sólo la cabeza intentaba forzarlo.

Tras terminar la escuela primaria con un año de adelanto, en aquel verano ya había salido del primer curso de la escuela media. Por fin se admitía el bolígrafo, se libraba uno del babi negro, ya nada de tintero, plumilla ni papel secante, llamado *carta zuca* en dialecto, papel chupón.

Me notaba la cabeza cambiada y creía que a peor. A la edad en la que los niños dejan de llorar, yo, por el contrario, empezaba. La infancia había sido una guerra, a mi alrededor morían más los niños que los viejos. Nada en su época era un juguete, por más que se la jugaran tenazmente. Yo me había librado, pero debía merecerme el tiempo.

Permanecía encerrado en la infancia, cual seca ama de cría tenía el cuartito donde dormía bajo los castillos de libros de mi padre. Se alzaban desde el suelo hasta el techo, eran torres, caballos y alfiles de un tablero colocado en vertical. Por la noche, entraba en los sueños el polvillo del papel. En la infancia a los pies de los libros, los ojos no conocían las lágrimas. Jugaba a ser soldadito, el día era el turno de ir y venir en el escaso espacio de la garita.

A la llegada, a los diez años, del cambio, el baluarte de los libros no bastó ya para aislarme. Desde la ciudad llegaron a la vez los gritos, las miserias, las ferocidades a asaltar los oídos. No es que no estuvieran antes, pero mantenidos a distancia. A los diez se conectó el nervio entre el dolor de fuera y mis fibras. Lloraba y me avergonzaba, más que si me meara en la cama. Una canción, el trino de un canario cegado para extraer de su garganta más límpida la nota del reclamo, un abuso en el callejón: me subían estremecimientos de lágrimas y de cólera, presionaban hasta el vómito. Un viejo que se sonaba la nariz, con la ropa ceñida mientras miraba de reojo hacia lo alto en busca de un resquicio de luz, un perro con el rabo entre las patas perseguido por la piedra de un niño: una disentería de los ojos me hacía correr hacia el retrete.

Hasta el grito sofocado del vendedor de ajos me sacudía el pecho. Le salía a duras penas bajo el resto de las voces. ¿Cómo era posible?, ¿es que no hacía gracia el reclamo con el que invitaba a consumirlos: «*Accussì nun facite 'e vierm'*», así no os saldrán gusanos? No, en su voz se convertía en un recurso desesperado. Lloraba con la toalla en la boca. El remedio para parar era mirarme al espejo: mi cara desencajada por las muecas me disgustaba hasta el extremo de detenerme. Si me ocurría en el colegio, tenía que fingir un dolor de estómago y pedir permiso para ir al retrete. Allí no podía quedarme mucho, ocurrían cosas misteriosas, las puertas no se cerraban bien y podía entrar un adulto de repente.

A los diez años empecé a cantar en voz baja. El bombo de la ciudad era suficiente para cubrirme, pero debía ocultar el movimiento de los labios. Me ponía la mano, los dedos tocando los pómulos, la palma como telón. Todavía hoy sigue gustándome cantar así, mientras conduzco. Por un efecto acústico que desconozco, sube a los oídos un sonido intenso y nítido. En el colegio lo hacía durante las explicaciones o con las ventanas abiertas, cuando entraba el bullicio de la ciudad abarrotada. A muchos les disgusta el alboroto de los motores; yo, en cambio, lo prefiero al de las voces. Subían en pirámides de chillidos por necesidad de lanzarse fuera de la garganta, más que para dirigirse a alguien. Las voces de la ciudad abarrotada querían anularse, cada una pretendía suprimir a las demás. Yo prefería los motores, las sonerías, las campanas, el gas sonoro que desprenden de por sí las concentraciones. Con la mano en la boca entonaba el canto para mis oídos.

Lloraba, cantaba, gestos clandestinos. A través de los libros de mi padre aprendía a conocer a los adultos por dentro. No eran los gigantes que pretendían creerse. Eran niños deformados por un cuerpo voluminoso. Eran vulnerables, criminales, patéticos y previsibles. Podía anticipar sus gestos; a los diez años era un mecánico del artefacto adulto. Sabía desmontarlo y volver a montarlo.

Mas lamentaba la distancia entre sus frases y las cosas. Decían, aunque fuera sólo a sí mismos, palabras que no mantenían. Mantener: a los diez años era mi verbo preferido. Entrañaba la promesa de tener de la mano, mantener. Lo echaba de menos. A papá, en la ciudad, le molestaba cogerme de la mano, en la calle no quería, si yo lo intentaba se zafaba metiéndosela en el bolsillo. Era un rechazo que me enseñaba a estar en mi sitio. Lo entendía porque leía sus libros y sabía los nervios y los pensamientos que estaban a espaldas de los gestos.

Conocía a los adultos, excepto un verbo que ellos exageraban en agigantar: amar. Me fastidiaba su uso. En aquel primer curso, el estudio de la gramática latina lo empleaba como ejemplo de la primera conjugación, con el infinitivo en -are. Recitábamos tiempos y modos del amar latino. Era una golosina obligatoria para mí, indiferente a las pastelerías. Lo que más me irritaba era el imperativo: ama.

En el ápice del verbo los adultos se casaban, o bien se mataban. Era responsabilidad del verbo amar el matrimonio de mis padres. Junto a mi hermana, éramos un efecto, una de las extravagantes consecuencias de la conjugación. A causa de aquel verbo se peleaban, permanecían callados en la mesa, se oía el ruido del masticar.

En los libros había un tráfico denso alrededor del verbo amar. Como lector, lo consideraba un ingrediente de las historias, que encajaba tan bien como un viaje, un delito, una isla, una fiera. Los adultos exageraban con aquella antigüedad monumental, tomada tal cual del latín. El odio sí, eso lo entendía, era un contagio de nervios tensados hasta el punto de ruptura. La ciudad se tragaba el odio, se lo intercambiaba con los buenos días de griterío y de cuchillos, se lo jugaba a la lotería. No era el de ahora, azuzado contra los peregrinos del sur, meridionales, gitanos, africanos. Era odio de mortificaciones, de pisoteados en casa y apestados en el extranjero. Aquel odio añadía vinagre a las lágrimas.

A mi alrededor no veía y no conocía ese verbo amar. Acababa de leerme el *Quijote* entero y lo había confirmado. Dulcinea era leche cuajada en el cerebro del caballero heroico. No era dama y se llamaba Aldonza. Supe después que para los lectores era un libro divertido. Yo me lo tomaba al pie de la letra y me hacían llorar de rabia las palizas que tenía que recibir en cada capítulo.

Sus cincuenta años intrépidos y resecos eran para mí, en aquel tiempo, la edad de cornisa para quien roza el abismo como sonámbulo. Temía por Quijote de un capítulo a otro. Precisamente mi malicia de lector me serenaba: al libro le quedaban páginas por delante a centenares, no podía morir en las primeras. Me provocaba lágrimas de rabia ese escritor que abollaba a golpes a su criatura. Y tras los bastonazos, las derrotas, a mayor penitencia le abría los ojos, la abertura de un momento, para dejarle ver la realidad tan miserable como era. Y, por el contrario, era él quien tenía razón, Quijote, según mis diez años: nada era lo que parecía. La evidencia era un error, por todas partes había un doble fondo y una sombra.

En primero podía usarse bolígrafo. «Eshsh-cribid»: a la orden del maestro se empuñaba la plumilla y se sumergía. Si el ángulo de la punta sobre el papel era ancho, la gota de tinta se precipitaba sobre la hoja. Si el ángulo era estrecho, no corría y se rascaba en vano. El índice y el medio se impregnaban del pringue de aquel azul. Como instrumental, la hoja de papel secante: los escolares pobres no podían adquirirla, de modo que secaban con el aliento, pero soplando en la justa medida, en régimen de brisa, para no esparcir la tinta. Bajo el aliento ponderado, las letras temblaban relucientes, como lo hacen las lágrimas y las brasas.

En el instituto de enseñanza media no había sección femenina, era de sexo único. Al terminar las clases, los chicos corrían a la salida del instituto femenino. A ratos perdidos los seguía, me pillaba de camino para volver a casa. Allí delante, el sonido de las voces alcanzaba la histeria. Llamadas, chillidos, carcajadas, empujones, una multitud de hombrecillos se enfilaba en la contraria y obtenía los primeros contactos de restregaduras con los cuerpos del misterioso sexo opuesto. Eran dos barajas de cartas nuevas, intersecadas, densas y fragorosas. Masculino y femenino exasperaban sus diferencias para gustarse.

Yo me quedaba apoyado contra el muro, en la acera, mirando cómo los cuerpos se desembrollaban. Habíamos nacido después de la guerra, éramos la espuma que queda después de la marejada.

El aire se recargaba de brillantina y regaliz. Yo observaba el cuarto de hora de la salida sin entenderlo. No aparecía aún en ningún libro aquella generación. ¿Por qué se sentían tan atraídos por un apelonamiento de tanque de anguilas? Me entraba el desaliento por ellos y por mí. No llegaríamos a encontrarnos nunca. Ni siquiera en la isla durante el verano: ellos todas las tardes en los bares, donde se pagaba la música introduciendo una moneda en la *jukebox*, yo nadando o en la playa de los pescadores viendo el arrastre de las redes a tierra.

La cuerda era tan gruesa como un bastón, empapada de agua, arrastrada hasta la orilla por doce brazos. Ganaban cada metro centímetro a centímetro, a las órdenes de un jefe que ponía ritmo musical al remolque. A su alrededor asistía gente de mar y yo, que procuraba mezclarme sin demostrar que era forastero. Pero incluso con los descoloridos pantalones azules, la camiseta blanca y los pies descalzos llevaba conmigo hedor de ciudad.

A la llegada del copo se derramaba en la arena guijarreña el blanco reluciente de la pesca, resplandecía de vida cara al sol que más tarde se pondría por detrás de las terrazas de los viñedos.

La pesca con red es la única que no se enrojece de sangre. Las mujeres con las cestas bajas hacían rápidamente la criba y el reparto. Otras tardes iba al muelle con el sedal y un par de gusanos que había buscado en la arena por la mañana. Me quedaba allí sentado a la espera de alguna sacudida, hacia las ocho volvía y así acababa el día de verano. Aquella temporada de mis diez años recibí el primer permiso para salir también después de cenar. En la isla había dejado de llorar y de cantar.

Mi hermana, dos años menor, era una catapulta de instintos. Expandía a su alrededor sus humores del momento, sin freno. Al despertarse era una furia desatada contra el mundo que la molestaba con el colegio y todo lo demás. Después se ajetreaba en cualquier juego, con preferencia por los de pelota. Quería que jugáramos con una pelotita, en el estrecho espacio entre las habitaciones, a un fútbol endiablado: empujones, pellizcos, chillidos, puntapiés, y sus victorias, culmen del jolgorio. Más tarde aprendería el ping-pong, el tenis, el voleibol. Tenía el talento de buscar los ángulos, sus tiros partían desde un instinto de geometría, efectuada con estilo, que es una levedad en el esfuerzo.

A diferencia de mí, tan hogareño, le atraía lo que sucedía fuera, pasaba mucho tiempo en el balcón. En el colegio era la compañía más buscada, a la que invitaban a comer y a pasar la tarde el resto de los escolares. Y hasta a dormir. Aquel verano había sido invitada a varias casas. Se sabía de memoria páginas de *Lo que el viento se llevó*, sabía discutir y, si gritaba, el callejón enmudecía. «*Signo 'l' avita fa' canta', accussi sfoga*»¹, le decían a mi madre las mujeres del edificio. Era tan estrepitosamente distinta de temperamento que hacía creer que uno de nosotros dos había sido intercambiado en la cuna, probablemente yo. Le apasionaba el circo; cuando en invierno acampaba la carpa en Fuorigrotta era obligatorio que fuéramos los cuatro, no admitía ella defecciones. Y se lo pasaba en grande entre aplausos, gritos, y al final el clown la sacaba de su asiento y se la llevaba a la pista a hombros a dar una galopada en corro. Allí subida tocaba la cima de su merecida gloria.

De mayor recorrerá el mundo con un circo, pensaba yo de ella, pero en cambio se quedó en Nápoles. Y tal vez con toda la razón, fuera de allí no existe circo más enorme en el mundo.

Aquel primer curso de la escuela media me habían quedado las matemáticas para octubre. Descubrí la evidencia de mi inferioridad. No seguía los pasos de una operación a otra. Sin saber preguntar, me quedaba atrás. Veía a los demás correr con los números y a mí quieto en la línea de salida. El descubrimiento de la inferioridad sirve para decidir sobre uno mismo. La acepté sin humillación, todo consistía en admitirla. Había vastos campos del saber que no llegaría siquiera a rozar. En octubre superé el examen, no la lección de mi incapacidad. Ninguna habilidad en nada ha podido corregir la noción de escasez que tengo de mí mismo.

Me daba clases particulares en la mesa de un bar un joven maestro de la isla. Calvo, con un emparrado de pelo de una sien a la otra, la vocecita le salía de la nariz más que de la boca. Se guaseaba de mis dificultades y me sentó bien su variante de la mortificación:

—Tú, un chavalín como Dios manda, ¿cómo es que eres tan tontaina en matemáticas?

Me arrimo a través de la escritura a mi yo de hace cincuenta años, para un jubileo privado mío. La edad de diez no me ha atraído para escribir, hasta ahora. No tiene la multitud interior de la infancia ni el descubrimiento físico del cuerpo adolescente. A los diez se está dentro de un envoltorio que contiene toda forma futura. Se mira hacia fuera como presuntos adultos, pero encajonados en una talla mínima de zapatos. Prosigue la definición de niño, debida a la voz y a los juguetes en desuso aunque conservados aún.

Seguía leyendo algunos tebeos, pero más los libros que me llenaban el cráneo y me ensanchaban la frente. Leerlos se parecía a adentrarse en el mar con la barca, la nariz era la proa, las líneas, olas. Iba despacio, a golpes de remo, ciertas palabras que no entendía las dejaba correr, sin rebuscar en el diccionario. En espera de entenderlas, quedaban aproximativas. Tenía que entenderlas por mi cuenta, definírmelas a través de otras ocasiones, a fuerza de toparme con ellas.

Cincuenta años después me arrimo a esa edad de archivo de mis formatos sucesivos. Lejos de allí he consumido la grasa de ese yo mismo, borrando variantes. En aquel cuerpo sumario estaba la conmoción y la cólera de los años revolucionarios, en el latín estaba el adiestramiento para las lenguas sucesivas, en el cráter del volcán estaban las montañas que subiría a cuatro patas. En los escombros reposados de la guerra estaba la de Bosnia que yo atravesaría y las bombas italianas sobre Belgrado del último año del 1900,

que yo recibiría asomado a la ventana de un hotel con vistas al Danubio y al Sava.

Destino, según su definición, es una trayectoria prescrita. Para la lengua española es también, más sencillamente, llegada. Para alguien nacido en Nápoles, el destino está a sus espaldas, es provenir de allí. Nacer y crecer en esa ciudad agota el destino: vaya uno donde vaya, ya lo ha recibido como dote, mitad lastre, mitad salvoconducto. En los relatos de mamá, de la abuela, de la tía, estaban los grandes almacenes de historias. Sus voces han formado mi sintaxis, mis frases escritas no son más largas que el aliento que se precisa para pronunciarlas.

En la playa, aquel verano, me afanaba en los esquemas de los crucigramas, de los jeroglíficos, de los anagramas y de las criptografías. Si no los resolvía, no miraba las respuestas publicadas en el número siguiente. Dejaba el vacío a mis espaldas y proseguía. Hoy creo que las revistas de pasatiempos son una buena escuela de escritura, adiestran en la exactitud del vocablo, que debe corresponder a la definición requerida. Excluye los afines, y la exclusión es gran parte del vocabulario de quien escribe historias. Los pasatiempos me han proporcionado las dotes malabaristas necesarias para las palabras. Lo que entonces creía un vicio solitario fue en cambio el taller mecánico de la lengua.

No pedía ayuda a los adultos, información acerca de un nombre, de un hecho desconocido. Ocurría, en cambio, que me preguntaran a mí. Era un asunto delicado. Si tenía la solución, debía estar atento a cómo presentarla. No podía decirla así sin más, era pedantería. «Lo tengo en la punta de la lengua. Estoy seguro de que empieza con...» Si no se les ocurría, al cabo de un rato, fingiendo que había estado pensando sólo en eso, decía la palabra. Había aprendido sobre los adultos en los libros, sabía cómo había que tratarlos. Con mis coetáneos, en cambio, no sabía, más allá de los turnos obligados del colegio no compartía una distracción.

En la sombrilla de al lado, una chica del norte se pasaba todo el tiempo leyendo libritos policíacos, los mismos que mi abuela devoraba en un día. Me pasmaba que alguien pudiera leerse un libro entero en un día. Por las líneas paso lento incluso ahora, voy andando respecto a quien lee a velocidad de bicicleta. La chica leía así, rápida, y por nada a su alrededor distraída. Su madre la interrumpía invitándola a un chapuzón, a refrescarse. Dejaba sobre la toalla el libro abierto y obedecía a su invitación, sin hastío, sin entusiasmo tampoco. Y no hacía muecas afectadas al contacto con el

agua, entraba en ella ligera, como en otra habitación. Nadaba a espalda y a braza, diez minutos y vuelta atrás. Se estrujaba sobre la arena sus mechones castaños, se secaba y se tumbaba a leer.

Yo la miraba por curiosidad. También ella, al pasar la página, miraba rápidamente hacia donde yo estaba, seria, con un punto de interrogación sobre las cejas. No se me ocurría ni de lejos la idea de una atracción. Ningún efecto provocaba en mi cuerpo el suyo tumbado leyendo. El mío permanecía cerrado, ni siquiera sabía explicarme por qué en la ciudad lloraba y en la playa no. Debía de ser la sal, que se me quedaba pegada durante la temporada, sirviéndome de escudo.

La chica no se parecía a las que salían entre el gentío mixto del colegio. Creaba a su alrededor el efecto contrario, de silencio. Pasaba una lancha motora de madera reluciente, con una estela blanca detrás de la hélice, dejándose admirar. Ella no se daba la vuelta. Pasaba el transbordador de las once y descargaba oleadas divertidas para quien sabía afrontarlas. Las madres se alineaban como centinelas, alguna llamaba a un hijo fuera del metro de vigilancia, ella nada, indiferencia universal. Me congratulaba con su desdén altanero, tan meridional, que sin duda no era consciente de poseer.

Me daba cuenta de la novedad: estaba prestando atención a una persona de mis años. Jamás me permitiría la iniciativa, «¿Qué estás leyendo?». Lo sabía ya.

Después del transbordador de las once, mamá me daba veinte liras para tomar un polo en el bar. Iba a degustarlo bajo las estacas que sostenían la terraza. Mientras lo compraba, se acercó ella también y pidió lo mismo. Mientras desenvolvíamos los polos, dijo:

—Leo libros policíacos.

Como si fuera la cosa más habitual, contesté en voz baja:

—Ya lo sé, le llevo los mismos a mi abuela cada domingo. Se los lee el lunes y espera durante el resto de los seis días.

—Vamos a sentarnos —dijo, y yo abrí camino, no hasta las estacas, me detuve en los escalones de madera.

—¿A qué curso vas? —pregunté.

—No malgastemos el tiempo con estupideces. ¿Tú por qué eres así?

Tratando de adivinar, contesté:

—Me gusta todo lo que está escrito, periódicos, listines. Me sé de memoria la lista de las raciones y los precios del bar. Leo de todo.

—Yo también, pero eso no explica por qué no estás con ellos. —Y miró hacia un grupillo que jugaba a la pelota en la arena.

—No sé estar con ellos, no me gustan sus juegos. Por las tardes voy a nadar o a la playa de los pescadores a ver el arrastre de las redes. Conozco a un hombre que a veces me lleva a pescar en su barca. Sé remar un poco.

—Yo soy escritora.

Me asomé, aspiré por la nariz, de cerca capté mejor el ungüento de almendras que usaba como protector. Entre nosotros era costumbre quemarse y tras las ampollas, que pinchábamos con una aguja, crecía la piel del verano, una segunda, gruesa y oscura. Ella se untaba la piel con un tubito francés que decía: BAÑOS DE SOL. No era una definición apropiada. En los crucigramas nunca la hubieran usado. El baño podía ser bajo el sol, no de sol. Por el contrario, podría tratarse de baño de crema. La publicidad, ya lo sabía, prefiere la sugestión a la exactitud. Era un olor adecuado en ella.

—Caramba, escritora, entonces sabrás cómo están hechos los mayores, lo que hacen. Yo también lo sé, pero no he escrito nada, no quiero que se den cuenta de que los han descubierto.

—No sé nada de los mayores, no me interesan, yo escribo historias de animales. Estudio su comportamiento: con el cuerpo se intercambian largos discursos que en nosotros duran una hora y que ni siquiera comprendemos. Intento hacer lo mismo que ellos, no malgastar el tiempo.

Venía hacia nosotros su madre; por reacción de niño bien educado me puse de pie y dije:

—Buenos días, señora, me llamo...

La mujer, con una sonrisa forzada, pasó por delante de nosotros subiendo las escaleras.

—Has hecho un gesto de cachorro de lobo —dijo ella.

—¿No he malgastado el tiempo?

—Los animales se saludan mucho. Y ahora te saludo yo.

Se levantó y siguió a su madre. Me volví hacia la mano que sostenía el polo. Ya derretido, aferraba un palito vacío.

Papá estaba en Estados Unidos. Cuarto hijo de una americana que vino a Italia a principios del 1900, había heredado de ella el reclamo de aquellas tierras. Se casó con un napolitano, un abuelo desconocido que aparece muy serio en algunas fotografías, y en ninguna sonríe. Papá había deseado América desde que era niño. En Navidad llegaba un baúl de Nueva York

con los regalos que mandaba la abuela, a la que nunca vería. Duraban un año entero aquellos regalos. América era aquel baúl y el idioma de su madre. A la edad en la que hubiera podido ir, estalló la guerra fascista contra Estados Unidos.

Para no tener que luchar contra su sangre, se alistó, él, napolitano, en el cuerpo de los cazadores de montaña, y fue enviado a Albania. La llegada de los americanos a Nápoles le supuso una gran decepción. Los que mandaban eran los italoamericanos, Charles Poletti y los demás, eran Little Italy, no América. Al oírles decir «paisa», le entraban escalofríos. Sus estanterías estaban cargadas de literatura de allí. Yo también la leía, me gustaba, no se andaba con chiquitas, nada de introspección, sino relatos de hombres y de espacios. Estaban hechos para la velocidad y para el trabajo. Él se consideraba americano al cincuenta y un por ciento. De pequeño coleccionaba los sellos de la correspondencia entre su madre y su abuela. El más bonito representaba la isla de Terranova, avanzadilla para quien llega por el Atlántico. Aquel oeste había concentrado sus deseos.

Allí estaba por fin, aquel verano: en Nueva York. Se echaba de menos su energía bajo la sombrilla. Me arrastraba por los pies hasta el agua, apenas tenía tiempo de dejar el bolígrafo y la revista de pasatiempos antes de entrar en el mar colgado de él. Me salpicaba, me hacía ahogadillas, me montaba a hombros y desde allí me lanzaba al aire. Aceptaba aquel palizón que me justificaba: tras él ningún otro juego soportaba la comparación. Era el único padre que se comportaba así, nadie más se desenfrenaba con sus hijos con tanta libertad, a la par. Provocaba cierto escándalo, y envidia.

Aquel verano nadie me arrastraba de los pies, permanecía bajo la sombrilla, leyendo cualquier cosa escrita.

Se echaba de menos también en la playa el mecanismo de catapulta de mi hermana. Nuestra formación estaba más que demediada sin la energía fragorosa de los dos. Me había traído una postal, con recuerdos desde Nueva York. Con el palo del polo derretido sobre la mano, pensé que al día siguiente podría enseñársela a la chica.

—Mi padre está en Estados Unidos. Él dice América, pero yo prefiero decir la nación, existe también América del Sur.

—¿Y a qué ha ido? ¿Es un emigrante?

Al día siguiente, a las once, después del transbordador, volvimos a encontrarnos en el escalón. Estuve más atento al polo. Antes, en la sombrilla, sólo nos habíamos intercambiado un saludo con la cabeza.

—No, ha ido en avión. Pero está buscando trabajo. Estará fuera nueve meses, lo que dura el visado. Si tiene suerte, nos llamará para que nos reunamos con él.

Había hecho falta un montón de papel timbrado en el consulado, hacía falta incluso un affidavit de Estados Unidos y al final faltaba el *security check*, los antecedentes políticos. Había vivido en Roma en la posguerra e hizo falta el informe de la jefatura de policía de allí. Cuando llegó ésta por fin, el resto de las formalidades fueron las fotos en el consulado, de frente y de perfil, la toma de huellas digitales y la vacunación. Estados Unidos era muy cauto con los forasteros. En cambio, a los prófugos que en aquellos años pasaban por Italia no se les pedía casi nada, porque nadie quería establecerse entre nosotros.

En aquella época, los aviones para Estados Unidos hacían escala en Irlanda y desde allí ascendían sobre el océano Atlántico a cinco mil metros de altitud; hoy vuelan al doble.

—¿Os escribe desde allí? ¿Qué os cuenta?

—Ha ido a ver el *Guernica*, el cuadro de...

—Ya lo sé, sigue contando, no malgastes el tiempo.

A mí me parecía que teníamos de sobra, que podríamos regalarlo a quien le hiciera falta. Eso era: ¿es que puede hacerse un paquete con el tiempo dentro y regalarlo por Navidad? Yo tenía un montón, el mío y también el que estaba dentro de los libros. Sin embargo, probablemente tuviera razón ella, y los animales, en no malgastar el tiempo. El que se nos ha asignado dura cuanto el que no malgastamos, el resto se pierde.

—Venga, sigue contando, date prisa.

—Oye, lo intento, perdona, no estoy acostumbrado a hablar.

—Bien, tampoco los animales usan mucho la voz, excepto los perros, y no los soporto.

—Él es medio americano, su madre nació en Estados Unidos pero se casó en Nápoles. Nunca volvió allá.

—¿Ha muerto?

—No, vamos a verla los domingos.

—¿Es la que se lee las novelas policíacas en un solo día?

—No, ésa es la madre de mi madre.

Vi a la señora que venía hacia nosotros, estaba a punto de levantarme, ella me sujetó, levantó la cabeza e hizo a su madre un no con el cuello, tan brusco que la mujer se detuvo y volvió sobre sus pasos.

—Prosigue.

—Escribe que en Nueva York hay olor a gasóleo y a tabaco. Ha visto una película con Montgomery Clift y Elizabeth Taylor. Ha entrado en Central Park, ha visto césped dentro de la ciudad. En Nápoles, en el parque de Villa Comunale, no crece la hierba, no le da tiempo. Además, ha estado en Long Island, en un restaurante se ha encontrado con camareros de Génova. Ha ido andando a Brooklyn pasando por la casa donde vivía su abuela, que mandaba por Navidad un baúl de regalos. Y además ha subido a un rascacielos.

—¿El Empire State Building?

—Sí, ése.

—¿Y ha visto el puma?

—Claro, lo toma para volver a casa.

—¿El puma?

—*El pullman*.

Creía que en el norte se pronunciaba de otra manera.

—¿*Qué pullman*? El puma, el león de las montañas.

—No, eso no lo ha escrito.

—Puede que lo haya visto, que se lo haya encontrado y no os lo haya escrito para no asustaros.

—Yo creo en lo que veo escrito. Hablando se dicen un montón de mentiras. Pero cuando uno las escribe, entonces es verdad.

—No lo había pensado, es cierto. Cuando escribo historias de animales, todas las cosas que hacen son verdaderas.

—¿Aunque escribas que un asno vuela?

—No escribo estupideces, pero si escribo que he visto una mariposa ir andando, es cierto. ¿Me crees?

—Sí, pero es mejor si lo veo escrito.

Vino de nuevo hacia nosotros su madre. Ella se levantó y yo también para echarme a un lado y dejar más espacio en las escaleras de madera. A nuestro alrededor, unos chicos remedaban mis gestos. Miré hacia ellos y se rieron. En las paredes de las casetas vi escrito con tiza que amaba a la chica, estaban nuestros nombres. ¿Amor? ¿Dos que hablan sentados? No sabían nada del verbo amar que tantos líos causaba dentro de las novelas. Me entraron ganas de borrarlo, pero me lo pensé mejor. Hace falta desdén altanero cuando se oye hablar de más. Mi madre tenía un proverbio, cuando

oía hablar mal de alguien: «Al caballo *iastemmato* (injurado) *le luce 'opilo* (le brilla el pelaje)».

Mamá en la playa fuma y se lee el periódico, de arriba abajo. Quiere saber qué sucede en el mundo, especialmente en América. Cuando entra en el agua la miro, vigilo que no ocurra nada. No le gusta bañarse conmigo. Cuando sale, vuelvo a la lectura. La chica me mira. Le devuelvo la mirada, pero sigo atento a mamá cuando está en el agua. No da a entender que echa de menos a papá, o tal vez no lo eche de menos. Leemos juntos sus cartas. La última contaba un baño en el océano, olas que te arrojaban al suelo, marea alta que en media hora cubre centenares de metros. Aquí se desplaza centímetros. Se ve que allá es exagerado por vocación.

A la hora del polo nos sentamos en nuestros escalones bajos y se acercaron unos chicos a jugar a la pelota. Habían colocado la portería entre las estacas, junto a nosotros, y me di cuenta de que querían darme un balonazo. Apuntaban a propósito hacia nosotros. Me cambié de sitio para tapar a la chica. Paré con un brazo dos tiros, después uno errado acabó en el bar. Bajó el socorrista y les ordenó que se fueran, con él no hay bromas que valgan. Me doy cuenta de que esos chicos la tienen tomada conmigo, son mayores que yo, un año por lo menos. En el colegio suceden esas antipatías, no hago caso, pero aquí lo lamento por ella, que nada tiene que ver.

Me habla de animales. El hipopótamo camina bajo el agua y allí debajo celebra sus asambleas. Decide en el fondo del río lo que ha de hacer en tierra. Allá abajo es más ligero y se le ocurren las mejores ideas. Cuando entra en el agua ahuyenta a los cocodrilos. Me he asombrado porque los cocodrilos dan miedo hasta a los leones. Ella dice que los hipopótamos son los más fuertes. Le he preguntado si ha escrito esa historia. Me ha dicho que sí. Me pregunta a mí por los peces. Le cuento que la morena tiene la piel al contrario de la del leopardo, con manchas amarillas sobre el negro. Si muerde, cierra las mandíbulas como un candado y no las abre ni aunque muera. Le cuento que el pez araña se esconde bajo la arena del mar y tiene una espina venenosa en la espalda. Duele mucho si pones el pie encima. A mí me ha pasado y tuve dolores muy fuertes en el pie y por todo el cuerpo, incluso en la cabeza. El socorrista le dijo a un niño que hiciera pis sobre mi pie. El otro no quería, le daba vergüenza, pero con el socorrista no hay bromas que valgan, así que hizo un pis caliente sobre la planta del pie. Yo estaba al revés, boca abajo, y no lo vi.

Ella escucha sin reírse, eso me gusta porque es una escena que por lo general hace gracia a quien la escucha y no ha conocido la espina del pez araña. Poco a poco, el dolor se fue calmando. Papá me dijo que el pis contiene amoníaco, es eso lo que causa el efecto. Ella escucha atenta, une las cejas marrones, retrae en la boca un trocito del labio superior. La miro y no me vuelvo ni hacia aquí ni hacia allá, la miro fijamente mientras sigo contando. Ella escucha con los ojos también. Ha querido saber dónde está la playa de los pescadores y el muelle donde echo el sedal por las tardes. Quiere orientarse, pero no me pregunta por el camino, sino por los puntos cardinales.

—El muelle está al sur, el ocaso se produce a la izquierda.

Después nos despedimos.

He ido a darme el último chapuzón. Uno de los chicos de la pelota, uno regordete, ha ido detrás de mí. He oído que les decía a los demás: «Ahora veréis cuánta agua traga». No he vuelto a la sombrilla, he entrado en el agua. Se ha tirado de un planchazo y venía hacia mí, nadaba sacudiendo los brazos en el agua. Me he puesto de espaldas y he desplegado la natación aprendida en la piscina. Estoy entrenado, no era capaz de seguir mi ritmo, tras esforzarse un poco se ha vuelto a la orilla. Yo he nadado hasta una playita y he vuelto andando a la sombrilla. Mamá ya estaba lista y me ha regañado. Me deja libre en la isla, pero le gusta respetar los horarios. Tras pedirle perdón, le he cogido la bolsa de la playa y hemos ido a casa, dos habitaciones alquiladas cerca del mar.

Después de comer me gusta pescar con la redecilla, rebuscando entre las rocas. A esas horas mamá descansa. Son horas ardientes, el aire rechina de calor y de cigarras. Voy descalzo, bajo los pies crece en verano una suela que no se siente abrasar. Les ocurre también a las manos de los panaderos.

Cuando se despierta le preparo el café, después salgo otra vez.

Por la noche leo un libro comprado por papá, relatos de ingleses en sus colonias del océano Índico. Hay crímenes pero no asesinos que descubrir. He copiado una frase: «Los remordimientos no atormentan a quien se sale con la suya». Hoy sé que es verdad. Entonces fue el temblor que malogró las nociones religiosas. Remordimientos, confesión eran consecuencias inevitables del crimen. En cambio, el libro decía que ni rastro de pena para quien escurre el bulto. Existía una variante según la cual el crimen no conlleva carga. Fue un temblor del subsuelo. Se topa uno, leyendo, con frases sísmicas.

Tras la primera comunión, a los ocho años, iba a misa los domingos, solo. Papá era socialista, a mamá no le gustaba el rito y mi hermana era pequeña para ir conmigo, no podía contener su desenfreno. En la isla dejaba de ir a la iglesia. Era un buen sitio para respirar en la ciudad. Había espacio de aire sobre la cabeza, distancia entre las personas, el bullicio de la calle se reducía a los restos de una ola dentro de una concha. En la isla no había necesidad de todo aquello.

La isla era mano abierta, en septiembre las vides estaban hinchadas, pedían ser recolectadas. El racimo aplastado en la boca, grano a grano, descalzo en la tarde sobre la tierra dichosa por los pasos de un niño: aquello era la más justa de las gracias, no alcanzada por plegaria alguna.

El libro de los ingleses relataba otras islas, afloradas en la infinitud del hemisferio sur que casi es sólo agua. Recogía noticias de la inmensidad que causa pesadumbre a los hombres que no han nacido allí. El escritor era experto en ese mundo de blancos sudados, enviados a gobernar pueblos ágiles en sonrisas y cuchillos. La isla que yo habitaba era justo de mi talla, como el Mediterráneo, que es grande pero contenido en el regazo de las tierras. Después de esas playas de la infancia, ningún trópico, Oceanía me ha atraído. La isla agotó mis deseos.

A los diez años, la modestia de mi cuerpo me instigaba a desaparecer. Caminaba inventándome que era invisible. Me traicionaban los pantalones azules y la camiseta blanca, por la calle caminaban por su cuenta, sin que yo estuviera dentro, aunque nadie se percatara. Por la noche, desnudo sobre la cama, podía desaparecer por entero.

En la playa de los pescadores, los viejos reparaban las redes, sentados con las piernas abiertas, las manos que actuaban por su cuenta. Los ojos poco veían, ninguno llevaba gafas. Lo que había que ver, las manos ya se lo habían aprendido de memoria. Actuaban a olfato libre, mirando hacia delante, en dirección al mar, que estaba también dentro de ellos. Se mecían en la orilla igual que en la barca. Los niños se afanaban alrededor de algún desecho, el juego preferido era aprender a hacer. Pedían que se les pusiera a prueba, limpiaban las barcas de las incrustaciones, engrasaban el tolete por donde pasaba el remo. Eran pocas las chalupas de motor.

Saludaba al pescador que me llevaba algunas veces mar adentro. Vivía en un cuarto en la playa junto a su mujer y sus hijos. Salía de noche a depositar el sedal de los palangres y aguardaba en el mar a que los cebos trabajaran en la oscuridad, que los peces preferían. Después subía los cien anzuelos

desplegados en el fondo de un bajío. A veces regresaba de vacío, perdiendo las anchoas que daba como cebo. En ocasiones, algún buen pez picaba y se metía en su guarida arrastrando el sedal consigo. Entonces era conveniente ser dos, él tirando y otro en los remos empujando en la dirección adecuada. Como cuando se saca un diente, hay que encontrar el ángulo de extracción. Algunos peces, en su guarida, llegan a resistir la fuerza de una barca, entonces se rompe el hilo de nailon doble y gana el pez. O pierde, y entonces sale a la superficie el furioso mero, todo cuello y mandíbula, hurtado del bolsillo del mar. Otras veces, el pez que ha mordido el anzuelo es atacado y despedazado por otros peces.

«Oficio sin suerte», se decían entre ellos. «*Ofacimmo sulo p'a ncannarienza*», lo hacemos sólo por un deseo obstinado. Un mero valía una noche en vela en el mar.

Mamá conocía al pescador, alguna noche tranquila me dejaba ir con él. Me daba un jersey de lana ligera, basta, que me picaba mucho. Yo ayudaba con los remos mientras él cebaba los anzuelos y los dejaba caer en el agua, uno a uno. Una vez acabado el despliegue, esperábamos. La isla estaba lejos, un montoncito de luces. Tumbado a proa sobre la cuerda del ancla, yo contemplaba la noche que daba vueltas sobre mi cabeza. La espalda oscilaba despacio a causa de las olas, el pecho se hinchaba y se deshinchaba bajo el peso del aire. Desciende desde tan alto, desde tan profundo cúmulo de oscuridad, que oprime las costillas. Algunas astillas se precipitan envueltas en llamas, apagándose antes de sumergirse. Los ojos intentan permanecer abiertos, pero el aire en caída los cierra. Me abandonaba a un sueño breve, interrumpido por las sacudidas del mar. Aún hoy, en las noches tumbado al aire libre, siento el peso del aire en la respiración y una acupuntura de estrellas en la piel.

Nos salía con esfuerzo alguna palabra nocturna. Era justo el silencio del hombre en la noche. No lo estropeaba la nave que desgranaba por el horizonte las luces mudas, el chapoteo de un ruido de remos que se aproximaba. En la oscuridad, el intercambio de saludos sólo con vocales, pues las consonantes no hacen falta en el mar, se las traga el aire. Lo que estaba a su alrededor era archisabido, se movían con memoria de ciego en una habitación.

Más tarde, muy despacio, un principio de gris desteñía el punto del horizonte llamado oriente. Desde allí empezaba el colapso de la oscuridad, subía la claridad desde abajo y cuando en la barca se veían nuestras manos,

empezaba la recolección. Una sílaba me indicaba el cambio de boga. Subía a bordo el pez capturado, sacudía la cola sobre la madera como última defensa. El pescador lo sujetaba por la cabeza, le quitaba el anzuelo. A veces se lo había tragado hasta la garganta y entonces había que cortar el nailon con la navaja, dejarle el anzuelo dentro.

Cuando el sol se deslizaba por entero fuera del mar y ascendía por encima de la barca, habíamos terminado. Él se sentaba a los remos para que volviéramos más deprisa. Yo me quedaba dormido en la proa, con la camiseta en la cabeza. Ya en casa, mamá se interesaba por la pesca y después por las manos. «Enseñámelas.» Le enseñaba el dorso, ella me las giraba: «Así te las estropeas —y añadía, para tomarme el pelo—: tendrás manos de paleta».

A fuerza de empuñar los remos te salían algunas ampollas, la sal añadía lo suyo. Se formaban los primeros callitos en manos que jamás habían probado el trabajo. Para el niño que yo era, aquello no significaba nada más que un juego serio, no la servidumbre de mis coetáneos en la ciudad, encerrados en los talleres o yendo y viniendo a la carrera para hacer entregas, desde las primeras luces hasta el ocaso. Mucho más tarde me vería con las manos transformadas por el roce de las herramientas.

En la playa debía estar en guardia. Me había convertido en una diana, se inventaban formas para molestarme. En el agua no podían seguirme, en tierra eran tres y buscaban pretextos. Mientras estaba leyendo la revista de pasatiempos, tumbado en la orilla, pasaban corriendo muy cerca para echarme arena encima. Lo hacían por turnos. Pasados unos minutos, volvían a empezar. En el agua había cogido un erizo. Lo escondí enterrándolo a ras de la arena, junto a la revista. Pasó el primero y le faltó un pelo, el segundo llevaba sandalias, el tercero, descalzo, lo pisó de lleno y saltó por el aire como un muelle. Aterrizó con un grito y rodó por la arena hasta el agua. Se acercaron los otros dos a ver la planta del pie picoteada por puntitos negros. Es un dolor molesto, con aceite y pinzas hay que sacarlos uno por uno. Al erizo pisoteado lo alejé de un empujón. La chica lo había visto. Se había dado cuenta antes que yo de que ella tenía que ver con la antipatía de aquellos tres hacia mí.

Miraban furiosos hacia mi sombrilla, yo seguía leyendo. Se producía entre nosotros, sin saber yo palabra, la rivalidad masculina. Me habló de eso ella, sorprendida por el truco del erizo, el uso de un animal como arma. Me contaba que, en la época de celo, los machos se batían para aparearse con las

hembras en *estro*. Divertida palabra para mí, pues hasta ahora la relacionaba con el arte.

—Como nosotros con la guerra de Troya —quise decir, debido a mis estudios recientes.

—No es lo mismo, nosotros añadimos la voluntad de arrollar al vencido, entre los animales no es más que batalla por el amor.

Pronunciada por ella, aquella palabra no parecía enmohecida. La decía con una «o» redonda, opuesta a la mía, cerrada. Remedé su acento, exagerando su «o».

—¿Y bien? ¿Qué te hace tanta gracia? Amor: una palabra muy respetable en la naturaleza.

—Perdona, me ha sorprendido tu «o» larga.

—¿Tú cómo lo dices?

Me daba vergüenza decirlo.

—¿Qué pasa? ¿Te avergüenzas? Todavía eres un crío.

—Amor.

—¿Lo ves? No tiene gracia. Es una cosa seria. Para los animales es el impulso más fuerte cuando les llega. Se olvidan de comer, de beber. He oído la berrea de los ciervos en los bosques a finales de septiembre. Sueltan un sonido tenebroso en la oscuridad para convocarse entre machos a la batalla. Gracias a las voces se hacen una idea de las fuerzas y del peso de los rivales. Expulsan el aliento tan fuerte que deben estirar el cuello hacia el cielo para dejar que salga; en caso contrario, los sofoca. Mi padre me llevó una vez, es cazador.

Me quedaba embelesado escuchándola, mirándole la cara, incluso la boca.

—Estábamos aún a oscuras pero ya cerca del alba. Se detuvo de repente y me dijo que me agachara, se quitó la escopeta de la espalda, se la echó al hombro. Me asusté, le dije en voz muy baja: «no». Me hizo callar con un gesto brusco de la mano retirada del gatillo. Afinó la mira y vi yo también, desde el suelo, hacia dónde apuntaba, un par de cuernos anchos. Repetí mi «no» en voz muy baja, él hizo un gesto más seco todavía. Apuntó. Yo no podía hacer nada, ni cerrar los ojos ni taparme los oídos. Soltó un suspiro y mientras lo hacía, dijo: «¡Bum!».

—¿Disparó? —pregunté yo, en voz muy baja.

—No, hizo bum con la boca y después bajó el fusil. No volvió a llevarme de caza con él. ¿Lo hizo por odio o por amor?

No esperaba una respuesta, pero se la di de todas formas:

—Yo creo que bum es amor.

Sonrió como cuando acaece la sorpresa de un recuerdo.

—Mi padre falta desde hace dos años. El otoño pasado, en noviembre, fui al cementerio. Hacía ya frío, no era época de mariposas. Sin embargo, una blanca se me acercó volando y fue a posarse sobre mi rodilla, donde él ponía su mano. Amo a los animales, saben de nosotros y nosotros nada de ellos.

Había en ella la firmeza que he reconocido en la voz de los ciegos.

Aquel día fui a comprar dos polos al bar. Mientras volvía, uno de los tres se me acercó por detrás y de un manotazo me los tiró al suelo. Volví a la sombrilla diciendo que se me habían caído. La chica lo había visto todo.

—Tienes que tener cuidado.

—Lo siento, no los tenía bien sujetos, se me han caído.

—Te lo digo en serio, tienes que tener cuidado.

Me levanté para darme un baño, se levantó ella también. Entró en el agua depositándose igual que una hoja; yo, como se hunde un remo. Comprobé si nos seguían.

—No vendrán —dijo—, delante de mí no se miden contigo, que eres mucho mejor en el agua.

A mí nunca se me hubiera ocurrido esa idea, ni siquiera me había dado cuenta de su rapidez mental. No contesté, confuso por haber sido sorprendido mientras me preocupaba.

—Te harán pagar el truco del erizo.

En vez de reaccionar me metí bajo el agua. Salí cuando se me acabó el aliento, con las ideas más claras.

—Ya se lo han cobrado con los polos.

—No eres un hipopótamo, debajo del agua no razones mejor. Eso no era más que un desaire, tienen otros planes.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Lo sé y ya está.

—No tengo miedo —dije, y era verdad. No me asustaba tener enemigos.

—Que tengas miedo o no, no tiene importancia. Tienes que prever sus movimientos.

—¿Y cómo lo hago? Si ni siquiera sé los míos. Y además, te lo digo en serio, no me da miedo hacerme daño, salir herido. No me importa. No aprecio mi cuerpo y no me gusta. Es infantil, y yo ya no soy así. Lo sé hace más de un año, yo crezco y mi cuerpo no. Se queda atrás. De manera que, si

se rompe, no importa. Mejor si se rompe, de allí deberá salir el cuerpo nuevo.

Dije estas palabras con un extraño ardor y seriedad. Desconcertada, se quedó pensando un momento.

—Oye, despacito contigo, me has asustado.

Y se metió bajo el agua. Yo también me sumergí para sacarla, y ella, debajo del agua, me tomó de la mano. Salimos a respirar, ella tenía aún su mano en la mía.

Mantener, mi verbo preferido, había sucedido. ¿Cómo lo sabrá? Pensé y me contesté: lo sabe y ya está. Nunca había tocado algo tan liso hasta entonces. Ahora no sé si hasta hoy. Se lo dije, que la palma de su mano era mejor que el hueco de la caracola, mientras volvíamos a la orilla, tras habernos soltado.

—¿Sabes que has dicho una frase de amor? —dijo encaminándose hacia la sombrilla.

¿Una frase de amor? Pero si ni siquiera sé lo que es, qué cosas se le ocurren. Ella sabe más que yo de eso por los animales, pero se equivoca. Lo que he dicho es una frase de estupor. El tacto es el último de los sentidos al que presto atención. Y, sin embargo, es el más difuso, no está en un órgano como los otros cuatro, sino esparcido por todo el cuerpo. Me miré la mano, pequeña y achaparrada, y hasta algo áspera. Quién sabe lo que habrá sentido en la suya. No podía preguntárselo, podría ser por equivocación una pregunta de amor.

Papá se encuentra muy bien en Nueva York. Escribe que la libertad le causa una gran impresión. Creció en la dictadura y, después, en la guerra. La libertad le causa el efecto de la noria. Mamá también creció con las mismas opresiones, pero ella se adapta enseguida. Me ha dicho que cuando volvamos a la ciudad cambiaremos de alojamiento. Nos iremos de las habitaciones del final de las escaleras a un piso más alto. «¿Y papá?», le he preguntado. Cuando vuelva, se vendrá él también, le mandará la dirección nueva.

Septiembre es un renacimiento de la nariz, vuelven los olores aplastados por el calor. Han bastado cuatro gotas y la tierra se ha despertado, como mi cara por las mañanas sobre la palangana. Ha subido por el aire la adherencia de la resina del pino, de los algarrobos, de los higos chumbos. Nada de salir al mar, el ábrego ha dejado en la orilla a los pescadores. Sopla meridional y pendenciero, sin dejar que nadie tienda la ropa. Me gusta el napolitano que

dice, a la española, «viento» y «tiempo». Enfila el quiebro de una «i» en *vento* y *tempo* que los vuelve avispados, insolentes y escurridizos.

Fui paseando a su playa, a ver qué sucede cuando están varados. Los pescadores se dedican a distintas tareas, que aplazan para los días de viento. Reparán una barca, arreglan un muro, quien posee un motor, lo desmonta y vuelve a montarlo. El pescador amigo estaba haciendo un remo nuevo de una rama de haya. Las olas se arrojaban como bofetones sobre la orilla. Las barcas estaban varadas hasta cerca de las casas; las desplazan haciendo que las quillas se deslicen sobre apoyos de madera enjabonada.

A la hora del mediodía estaba volviendo a casa, venían en dirección contraria los tres chicos. Me detuve. Me puse a pensar si era el momento de dejar que me hicieran daño, si esos golpes podían servir para aguijonear el cuerpo detenido. Me habían visto y venían a mi encuentro a la carrera. No, pensé, debo decidir yo cuándo es la hora. Y huí hacia la playa de los pescadores. Él estaba aún perfilando el remo, llegué a tiempo. Ante su presencia, se detuvieron. Él se levantó de repente y les lanzó dos gritos que me asustaron. No conocía su voz cuando se levantaba. Los otros, casi sin oírlo, se largaron. No me preguntó nada, se limpió las manos en el delantal, dejó el trabajo y me acompañó a casa.

—Si vuelven a molestarte, dímelo.

Sabe que papá está lejos. Le he preguntado cuánto durará el ábrego.

—Tres días.

En la cocina pensé en coger un cuchillo para defenderme. Pero me dije maravillado: ¿un cuchillo, para defenderme? ¿Para qué? Tengo que deshacerme de este cuerpo de niño que no se decide a crecer. Déjate de cuchillos, tengo que ir a buscar a esos tres y dejar que me sacudan hasta que se rompa esta cáscara. Visto que desde dentro no puedo obligarlo, habrá que hacerlo desde fuera. Tengo que ir a buscarlos.

Hoy sé que el cuerpo se transforma según el uso asignado, con lentitud de árbol. Diversas formas han atravesado el mío hasta el perchero que es ahora. A los diez años creía en la verdad de los golpes. Lo irreparable me parecía útil.

Y así lo hice entonces. Salí por la tarde, hacía fresco a causa del viento y no estaba de más algo de lana encima, pero no quería estropearlo en caso de heridas. Me encaminé por la calle principal hasta el puerto. En los bares, los chicos, en grupos, escuchaban música, llevaban vaqueros nuevos y se tomaban helados de cuatro gustos, más no cabían sobre el cucurucho. Se

pasaban allí horas y horas, tenían unos años más que yo. Sus cuerpos se alargaban en la carrera por hacerse mayores. Yo pasaba invisible por las aceras. Caminaba a pasos lentos, estaba listo. Había decidido el día y la hora, pero no los encontraba.

Decidí regresar siguiendo el mar, más despejado. Pasé por delante de las instalaciones playeras donde solía bañarme. Sentados en un murete estaban los tres, jugando a las cartas. Me vieron, recogieron las cartas y bajaron a toda prisa por las escalerillas hacia el mar. No me esperaba aquella reacción, los seguí. Uno de ellos dijo:

—Pero si está solo.

Eso era, se habían imaginado que podía seguirme el pescador.

—Está solo —repetieron.

No había nadie en los alrededores; me rodearon, por detrás me llegó un bofetón que me empujó hacia los otros dos. Empezaron golpes que no conté. Uno hizo que me llevara las manos a la nariz; después, caído por el suelo, una última patada me adormeció. Sé que no me defendí. Dolores sí, fuertes, pero también una calma testaruda desde el interior no me dejó gritar.

Me desperté en una camilla, en la enfermería de la isla. Mamá estaba a mi lado y me espantaba las moscas. Quise sonreírle pero una punzada en los labios me lo impidió.

—¿Quién ha sido, hijo mío?

No contesté. Me dolían muchos puntos del cuerpo, más que nada la cara, el pecho además, y no veía bien.

—¿Quién ha sido, un hombre?

Quería decirle: he sido yo.

—¿Dónde estamos? —dije con una voz mía desconocida—. ¿Qué hora es?

—Las siete de la tarde, estamos en el hospital.

Me habían hecho radiografías; nariz rota, hematomas y contusiones, tres puntos de sutura en la frente.

—¿Quién ha sido? —Hice un gesto de negativa con la cabeza—. ¿No lo sabes? ¿Cómo es posible? No se le da una paliza a un niño sin algún motivo.

Vino el médico, uno joven, habló con mamá. Quería que me quedara esa noche en el hospital, en observación. Mamá se asustó, el médico le dijo que era una precaución habitual, no podían excluirse con certeza daños en los

órganos internos. Mamá dudaba de que el médico estuviera ocultándole algo. Para tranquilizarla, le dijo que podía llevarme a casa y le dejó su número de teléfono. Eso la calmó. Después habló con otro hombre, yo no conseguía verlo bien, tenía los capilares rotos alrededor de los ojos. Era un carabinero. Le dijo que era obra de unos gamberros y que acabaría encontrándolos.

Era ya de noche cuando con la ayuda de un enfermero me cargó sobre un motocarro, de esos de tres ruedas. No podía comer; bebí un caldo con una pajita. Engullí una píldora y dormí hasta bien entrado el día siguiente.

El segundo día de ábrego es el más violento. Me despertó el viento que sacudía ramas, ventanas y puertas. Mamá insistía en preguntarme, yo no contestaba. No podía explicarle que había ido en busca de aquellos golpes, para obligar a mi cuerpo a cambiar. Hay razones que son peores que los hechos. Recordé que le había dicho algo a la chica, pero no me traicionaría. También los animales guardan sus secretos.

Mamá estuvo siempre a mi lado, aquel día y el sucesivo. Me contaba historias de la posguerra, de cuando la ciudad, una vez acabados los disparos, empezaba su convalecencia. Con los americanos en Nápoles, habían llegado unas cuantas cosas buenas: harina blanca, el trigo que venía de las grandes praderas del Oeste. De Kansas, estaba escrito en los sacos.

Yo pensaba en los campesinos que habían plantado el trigo en las llanuras, en el sol que lo había criado, en el barco que lo había traído sobre el mar. Aquélla era la paz, la buena voluntad, el pan blanco sobre la mesa, de aroma delicioso. La guerra, en cambio, olía mal, apestaba, era fétida.

Se habían abierto locales nocturnos, en las bonitas casas requisadas por los oficiales se celebraban fiestas cada noche. «*Napoli se vuleva scurd'*» Nápoles quería olvidar. Las chicas se volvían locas por los americanos y ellos también perdían la cabeza. Bodas y promesas de matrimonio se organizaban con frecuencia en los primeros meses de la ocupación. Cada familia albergaba a un soldado. El que estaba con ellos les traía de los almacenes toda clase de bienes de América.

Mi abuelo quería hacer negocios con los americanos. Sus camiones eran los mejores y la posguerra tenía hambre de medios de transporte. Habían entablado amistad, mi abuelo y el soldado americano. El abuelo le propuso que comprara para él un camión y que se lo enviara por barco. El soldado se marchó de permiso con el dinero y de él nunca volvió a saberse nada. La economía de la posguerra era una mesa de juego, había quien ganaba y

quien perdía. Al final, mi abuelo consiguió hacerse con un camión. Puso a su hijo, el hermano de mamá, a hacer viajes a Roma, liberada hacía poco. A lo largo de la nacional costera se apostaban los bandoleros, por encima de Itri. Asaltaban a los camiones. Sólo se pasaba de día, en convoyes con escolta armada.

Las historias de mamá, acompañadas por su voz enojada, divertida, grata en cualquier caso a su juventud, hacían que se me pasaran los dolores. Me olvidaba incluso de existir, cuando ella relataba. Era un saquito vacío que se llenaba con el aliento de las historias. Cuando se cansaba, se interrumpía bruscamente, «Ya está bien», y la bolsita de papel acababa estallando con estruendo. Y volvía yo.

Me he visto otras veces envuelto en golpes, en el aliento corto del cuerpo a cuerpo. He conocido el odio, no especialmente el mío, que siempre fue escaso por poca energía sentimental, sino el de los demás contra mi generación insurgente y revolucionaria. En medio de los golpes supe apañármelas. Incluso cuando me desplazaron de una patada el esternón mientras estaba por el suelo rodeado, me defendí hasta que llegaron otros de los míos para arrancarme del montón de uniformes que tenía encima. No puedo reconocerme en ese niño que no se defiende. Su idea obstinada de querer abrir una brecha en el cuerpo para dejar salir del capullo infantil la forma sucesiva: debía de ser para él una certeza. Existen actos de fe física. Escalar una pared en solitario, sin protección alguna, es uno de ellos. Pero aquel niño que se deja derribar fue más lejos que el adulto que algunas veces ha subido sin cuerdas sobre el vacío a cuatro patas, hasta desembocar en la cumbre. Aquel niño de diez años queda hoy fuera de mi alcance. Puedo escribir sobre él, no conocerlo.

Mi cuerpo había recibido una sacudida, ya no era el mismo.

Por la tarde se produjo el alboroto. Llamaron a la puerta; era el carabinero. Con él, los tres chicos, acompañados por sus madres, que con voz refrenada los insultaban con el dialecto que sabe castigar. El carabinero los había localizado fácilmente, alguien había visto, hablado. En aquel entonces, las cosas acababan sabiéndose. El carabinero quería que los tres vieran lo que habían montado. Las voces en el vestíbulo le explicaban a mamá la visita. Los tres permanecían callados. Mamá vino a preguntarme si podían entrar. Me sorprendió su gesto de dejarme decidir. Era una consideración hacia una persona, no hacia un niño. Asentí con la cabeza. El carabinero frenó a las madres, debían entrar sólo los tres con él. Mamá

abrió la puerta y el cuartito se llenó. Miraban al suelo, el carabinero les ordenó que me miraran a mí. Tras los ojos amoratados lo veía todo desenfocado y oscuro. Una venda me rodeaba la cabeza alrededor de la nariz, tenía la boca hinchada y un corte en la frente completaba el efecto. Uno de los tres se echó a llorar, los otros dos apartaron la cabeza. El carabinero volvió a ordenarles que me miraran. Preguntó si los reconocía, negué con la cabeza. El carabinero me lo preguntó otra vez, tenía que cerrar el informe. ¿Los conocía?

—Vamos a la misma playa —me salió escasa y mal la voz.

—¿Son éstos los que te han pegado?

De nuevo negué con la cabeza. El carabinero se me acercó. Era un hombre de unos cuarenta años, bigote negro y pelo ya canoso en las sienes. Era del sur. Se volvió y les dijo a los tres que salieran. Cerró la puerta y volvió a mi lado. Se quitó la gorra, tenía otra voz, más cercana.

—Chaval, se han ganado una denuncia por lesiones, ya han confesado. Los he traído aquí para darles una lección, que se den cuenta de lo que han hecho tres contra uno, y mayores que tú, encima. Eres un chaval como es debido y comprendo que no quieras denunciarlos. Pero es un acto de oficio, no depende de ti. Es una acción del Estado. Sé que no los denuncias por generosidad, no por miedo. Dime sólo si para ti así es suficiente.

Cerré los ojos ya medio cerrados.

—¿Te va bien así?

Asentí con la cabeza.

Me volvían las lágrimas a los ojos por aquellas palabras, por la voz justa que me trataba como a una persona. Para él, en aquel momento, yo no era un niño. Pero lágrimas no podían salir, la hinchazón lo impedía.

—¿Me das la mano?

Me ofreció la suya, abierta, le tendí la mía.

—¿Por qué las tienes tan ásperas y despellejadas?

—Voy a pescar de vez en cuando, y ayudo con los remos.

—Yo también voy, salgo a pescar al candil, a por calamares.

Abrió la puerta, y al salir le dijo en voz alta a mamá: «Tiene usted un hijo como es debido, señora», y se marcharon.

Quería curarme deprisa para comprobar los resultados de mi cuerpo transformado. El cuarto día, el viento había cesado. Llegó una cesta de fruta y golosinas de parte de las madres de los tres. Mamá la aceptó, pero no invitó a pasar a la mujer.